

*Las vicisitudes del poblamiento:
siglos XV a XVIII*

El período que abarca el final de la Edad Media hasta el comienzo de la transición demográfica –para fijar el marco cronológico tomaremos aquí la mitad del siglo XVIII– se caracteriza por un crecimiento general de la población europea con ciertas desigualdades y sobresaltos. Es así que, por ejemplo, dicho crecimiento sufrió una ruptura a mediados del siglo XVII por la conjunción de las tres plagas del Apocalipsis –la peste, el hambre y la guerra– y no hubo verdadera recuperación en todas partes sino a partir del año 1720.

7.1. Las tres plagas del Apocalipsis

Arreciaban conjuntamente en Europa desde mediados del siglo XIV y las tres habían contribuido a reducir su población a una buena cuarta parte. Se estima, sin embargo, que a partir del final del siglo XV ésta habría podido recobrar su anterior nivel.

Se entró luego en un período turbulento en todos los planos: económico, político, religioso y militar. El crecimiento prosiguió mal que bien hasta el año 1620 y, después, la Guerra de los Treinta Años, las del Norte y las de Luis XIV enlutaron el final de siglo.

7.1.1. La peste

Por desgracia, la Gran Peste de 1348 no había sido un acontecimiento aislado: durante la segunda mitad del siglo XIV le sucedieron otras cuatro oleadas, tres de las cuales fueron graves; luego otras tres, menos generales en la primera mitad del siglo XV; se hubiera podido creer en una total remisión a partir de 1450 (J.-N. Biraben, 1975). Sin embargo, hemos aquí que la peste volvió con fuerza a partir de 1450: para el conjunto de Europa, exceptuando los Balcanes y Ucrania, donde los datos no están completos, hallamos 1.021 menciones a lugares dañados por la peste en la segunda mitad del siglo XV; después, 1.434 menciones de 1501 a 1550; 1.775 menciones de 1551 a 1600; 173 de 1601 a 1650 (figura 7.1).

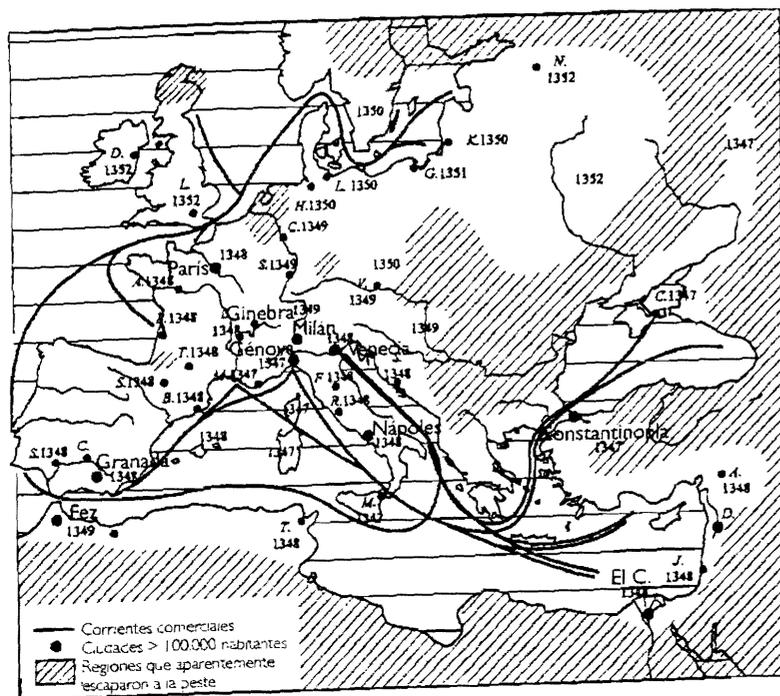


FIGURA 7.1. Propagación de la peste negra de 1347 a 1352.

Esta progresión de medio siglo en medio siglo es en parte la resultante de una mejor y más completa información, aunque no deja por ello de ser menos real: para algunas grandes ciudades europeas, como París y Londres, cuya cronología de las epidemias está bien establecida, se observa en efecto un recrudecimiento de la plaga en el siglo XVI.

Para lo que J.-N. Biraben llama la "región noroccidental", es decir, Europa sin los Balcanes, sin Ucrania y sin el bajo Volga, propone el siguiente cuadro:

- Segunda mitad del siglo XV: 4 oleadas principales (1450, 1456, 1478, 1482) y 3 secundarias, separadas por 7 remisiones, 2 de las cuales muy marcadas (en 1442-1447 y 1459-1461).
- Primera mitad del siglo XVI: 1 oleada principal (1522) y 4 secundarias, separadas por 4 remisiones.
- Segunda mitad del siglo XVI: 4 oleadas principales (1564, 1580, 1586, 1599) y 3 secundarias, con 6 remisiones poco significativas.
- Primera mitad del siglo XVII: 4 oleadas principales (1604, 1625, 1630, 1636) y 1 secundaria, separadas por 4 remisiones, 2 de las cuales muy nítidas (1614-1616 y 1642-1643).
- Segunda mitad del siglo XVII: fuertes oleadas en 1656 y 1665, con remisión total de 1658 a 1663.

A partir de 1670, hay sólo algunas epidemias localizadas: la de 1672-1679 en Polonia; la de 1679-1682 en Centroeuropa; la de 1680-1682 en Andalucía y en Cataluña; la de 1708-1711 en Polonia y en Rusia del sur; la de 1710-1712 en Suecia y en Dinamarca; la de 1720-1722 en Provenza; la de 1742-1744 en Messina (figura 7.2).

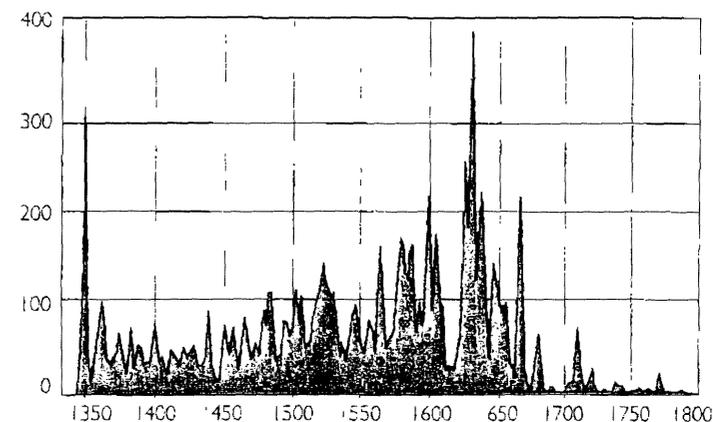


FIGURA 7.2. Número de lugares afectados por la peste en el noroeste de Europa: 1347-1800 (suma trienal móvil, según J.-N. Biraben).

De modo que la peste desapareció prácticamente de Occidente por unos motivos que no siempre han sido claramente elucidados: como los historiadores se niegan a admitir la hipótesis de una menor virulencia de los gérmenes o la de una inmunización progresiva de las poblaciones, hemos de suponer que el aislamiento de la peste se explica sobre todo por la eficacia de la política de los cordones sanitarios, lo que constituyó "una de las mayores victorias de la Europa clásica" (P. Chaunu).

7.1.2. La guerra

La guerra desempeñó un papel determinante en las fluctuaciones de la población europea hasta aproximadamente el año 1715. A partir de la caída de Constantinopla (1453) a 1730, no hubo un solo año sin actos de guerra (figura 7.3).

Dos nuevas realidades caracterizaban la Edad moderna en Europa: el final de las invasiones y la amplitud de los conflictos.

Tras la muerte de Tamerlán (1405) no hubo más incursiones mogoles por Europa. Los sedentarios cogieron definitivamente la delantera a los nómadas: la Horda de oro perdió el control de Moscovia en 1480; con la ayuda de los tártaros de Crimea, que se habían apartado de aquella 50 años antes, los rusos la destruyeron en 1502, fecha capital para la historia de la población europea. Más tarde, Iván el Terrible incorporó a su imperio a los khanatos de Kazán (1552) y luego de Astracán (1556), procedentes del desmembramiento de la Horda de oro. En

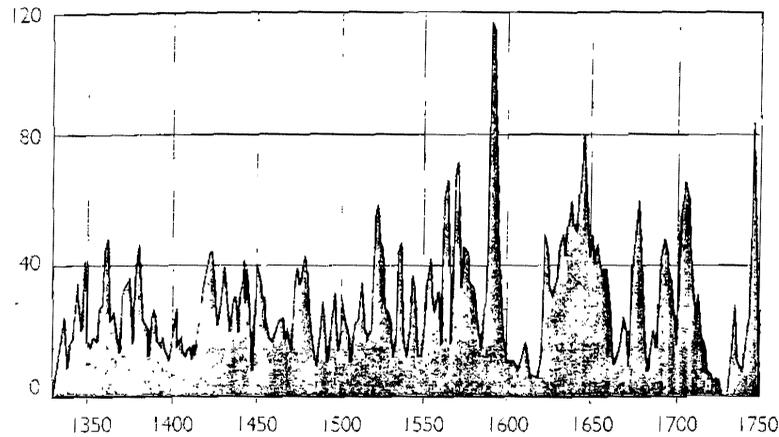


FIGURA 7.3. Los actos de guerra en Europa: 1320-1750 (suma trenal móvil, según J.-N. Biraben).

Por la zona sureste, la progresión de los turcos fue abortada en el siglo XVI y la expulsión. En 1581, el cosaco Yermak destruyó por fin al khanato de Sibir. A partir de entonces, los rusos ocuparon rápidamente las estepas y las orillas de los ríos siberianos; allí fundaron Tobolsk en 1587, Tomsk en 1604, Yakustk en 1632. Con ello sometieron a las poblaciones nómadas y ello agotaron las reservas de las incursiones que habían arrasado Europa oriental y central durante más de mil años.

Por la zona sureste, la progresión de los turcos fue abortada en el siglo XVI y la expulsión se inició al final del siglo XVII. Sin embargo, todo había empezado mal para los cristianos: caída de Belgrado en 1521, recia derrota de Mohács en 1526, caída de Buda en 1541; pero Viena resistía ante los repetidos asaltos del sultán Solimán (1529 y 1532) y la flota turca fue destruida en Lepanto en 1571. Durante un siglo, la situación se estabilizó en Hungría, a ambos lados de una línea de fortificaciones. Después, las derrotas de los turcos en San Gotardo (1664) y en Kahlenberg (1683) durante un último ataque contra Viena marcaron la señal de la reconquista: Buda fue liberada en 1686 y la totalidad de Hungría en 1697, lo que creaba las condiciones de una formidable expansión demográfica.

Asimismo, en Rusia del sur, Ucrania, Crimea y Moldavia, donde, tras varios fracasos (1712, 1739) las tropas de Catalina II expulsaron a los turcos de todas las regiones que tenían bajo su control al norte del Danubio (en 1774, es decir, poco antes del final de nuestro período), permitió a la población crecer en progresión geométrica.

Como para compensar, en lugar de sacar provecho de esta seguridad recién estrenada, los europeos se laceraron entre sí a lo largo de cuatro series de conflictos que implicaron a un número creciente de Estados y concernían a unas regiones cada vez más extensas:

- Las Guerras de Religión en el siglo XVI.
- La Guerra de los Treinta Años (1618-1648), prolongada por la guerra franco-española hasta el año 1659.

- Las tres primeras guerras de Luis XIV y las dos guerras del Norte (1655-1660 y 1700-1721).
- Las guerras de sucesión del siglo XVIII: sucesión de España, 1701-1713; sucesión de Polonia, 1733-1738; sucesión de Austria, 1740-1748.

Los efectivos movilizados se volvieron impresionantes: unas decenas de miles de hombres durante las guerras de Italia; 100.000 para el ejército español en tiempos de Felipe II; un total de 300.000 en la Guerra de los Treinta Años; un millón como mínimo en los momentos más álgidos de la guerra de sucesión de España (A. Corvisier, 1988).

La batalla más sangrienta de la Edad Moderna fue la de Lepanto: se cobró la vida de 7.500 españoles (de un efectivo total de 84.000 marineros y soldados) y de 35.000 turcos (de 88.000), 20.000 de los cuales murieron en la lucha y 15.000 hechos prisioneros y ejecutados. En Fontenoy (1745), los franceses perdieron a 7.200 hombres de 52.000 y los ingleses a 7.500 de un total de 50.000. Esta relativa reducción atestigüa un cambio de comportamiento para con los vencidos: en el siglo XVI, los vencedores trataron de exterminarlos, de ahí unas pérdidas rayanas a la mitad de los efectivos empleados; en el siglo XVIII, se les trataba sin odio y sus pérdidas se redujeron a una media del 17%.

Hay que añadir que las pérdidas inmediatas constituían sólo una tercera parte aproximadamente de las pérdidas reales; y una décima sólo de las pérdidas totales, ya que los ejércitos quedaron regularmente diezmos por toda suerte de enfermedades, particularmente la disentería, el tifus y la peste.

Para Francia, A. Corvisier propone el cuadro 7.1 que proporciona al menos algunas magnitudes.

CUADRO 7.1. Pérdidas militares durante algunos conflictos

Guerra franco-española	(1635-1659): 380.000 muertos
Guerra de Holanda	(1672-1678): 120.000 muertos
Guerra de la Liga de Augsburgo	(1690-1697): 160.000 muertos
Guerra de sucesión de España	(1701-1713): 600.000 muertos
Guerra de sucesión de Austria	(1740-1748): 40.000 muertos

Resumiendo, estas guerras provocaron la muerte en Europa a 2,5 o 3 millones de militares, es decir, la cuarta parte de los efectivos.

Si tratamos de evaluar sus efectos en la población civil, el cuadro empeora mucho más.

Las masacres, todavía frecuentes en el siglo XVI (saqueo de Roma en 1527, de Amberes en 1576, de Maastricht en 1579) se volvieron excepcionales en el siglo XVII (el último saqueo destacable fue el de Magdeburgo en 1631); pero el paso y la permanencia de las tropas en los campos tuvieron unos efectos desastrosos, al menos cuando no se las pagaba y no se las abastecía en víveres con regularidad. El soldado se comía las provisiones del campesino, incluyendo los granos reservados para la siembra; mataba los animales, destruía las infraestructuras, casas incluidas; cuando llegaban, toda la población salía huyendo y buscaba refugio en las ciudades, con

lo que aumentaban la congestión de dichas ciudades, más aún cuando los arrabales habían podido ser destruidos por precaución. De modo que se abría la veda a otras dos plagas del Apocalipsis: la peste y el hambre.

Desde el punto de vista demográfico, la geografía de las guerras es más importante que su historia. En el transcurso de la Guerra de los Treinta Años, por ejemplo, el paso de los ejércitos de Tilly, de Wallenstein e incluso de los de Gustavo II Adolfo (aun con mejor disciplina), fue mucho más desastroso para Alemania que los tratados de Westfalia, a los que se suele achacar la responsabilidad de su decadencia política.

Los estudios locales muestran unos contrastes llamativos en la despoblación: en Hesse electoral por ejemplo, algunas aldeas desaparecieron, otras perdieron al 80% de su población aunque ciertas zonas quedaron ilesas. Lo mismo ocurrió para las ciudades alemanas, las cuales parecen haber sufrido mucho menos que el campo a causa de la afluencia de refugiados y ello a pesar de la peste.

Siempre para esta misma guerra, el mapa dibujado a partir de los estudios de Gunther Franz y de Erich Keyser da pie a unas conclusiones significativas: 5 regiones (Pomerania, Hesse, Silesia, Palatinado, Württemberg) perdieron a más de dos tercios de su población; a su alrededor se extiende siguiendo un eje orientado de Noreste a Suroeste una amplia zona donde el retroceso fue de 33% a 66%; en los bordes, la despoblación fue menor. En resumen, Alemania sufrió con toda probabilidad una regresión del orden del 20% y lo mismo les sucedió al este de Francia y a Bohemia (figura 7.4).



FIGURA 7.4. Los estragos de la Guerra de los Treinta Años

7.1.3. El hambre

En la Europa clásica, el hambre se volvió un fenómeno excepcional. Al menos no castigaba a gran escala excepto en los límites del ecúmeno: en Groelandia, donde las colonias vikingas habían desaparecido desde el final del siglo XIV; en el Gran Norte o en las altas tierras de Europa occidental.

En cambio, se siguen observando algunas hambrunas locales y algunas carestías a gran escala; efectos casi inevitables de una mala cosecha —en aquellos tiempos en que la circulación de granos sólo podía efectuarse por barco si era a gran escala— surgen ora por unas operaciones militares, tal como acabamos de ver, ora por unos desbarajustes meteorológicos a corto o a largo plazo.

Los pésimos años aislados se suelen deber a erupciones volcánicas de envergadura: por ejemplo, a raíz de la del volcán de Laki en Islandia en 1783, la atmósfera quedó contaminada durante varios años; los inviernos fueron particularmente fríos y las cosechas peligraron un poco por todas partes en Europa.

En cuanto a los pésimos períodos, han de relacionarse con la “pequeña edad glaciaria”, que comenzó a mediados del siglo XVI y se prolongó hasta 1870 aproximadamente. Se asistió a un avance de los glaciares, particularmente espectacular al final del siglo XVI: en los Alpes, por ejemplo, empezó en 1590 y presentó unos máximos en 1600-1610, 1640-1643 y 1678-1680 poniendo en peligro algunas aldeas (Le Roy Ladurie, 1967). La pérdida total de las cosechas provocó el despoblamiento de zonas enteras, por ejemplo en el Macizo Central francés (figura 7.5).

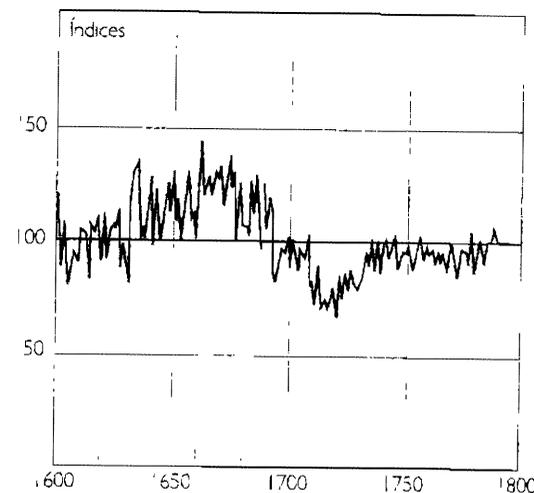


FIGURA 7.5. El desmoronamiento del número de pastizos en las altas tierras de Auvernia (según J.-N. Biraben, D. Bianchet y A. Blum).

Al estudiar la interacción del hambre y de la peste, J.-N. Biraben destaca, en función de las fuentes disponibles, lo siguiente:

- En el siglo XVI: carestías en las regiones atlánticas y nórdicas, luego en Europa central de 1501 a 1507; en los países mediterráneos en 1521-1524; en los países bálticos y en Polonia en 1588; en Italia, en los Balcanes, luego en las regiones atlánticas y, por último, en Europa central de 1591 a 1597.
- En el siglo XVII: en Polonia y Lituania en 1602; en Francia en 1629-1631, luego durante la Fronde y también en 1661; nuevamente en Polonia y en Lituania en 1659; y sobre todo en Francia en 1693-1694.
- En el siglo XVIII: en gran parte de Europa y sobre todo alrededor del Báltico en 1709-1710; un poco en todas partes en 1736-1743 (J.-N. Biraben, 1975).

El carácter espectacular de estas crisis requería una explicación: J. Meuvret creyó encontrarla en la teoría de las crisis de subsistencia, que tuvo un considerable éxito durante unos veinte años entre los historiadores. Para aquél, casi todas las grandes mortalidades del pasado se debían no a la guerra ni a la epidemia, sino a la subida del precio de los granos a raíz de una mala cosecha (J. Meuvret, 1946); las enfermedades, que las fuentes mencionan casi siempre durante las crisis demográficas, no habrían sido más que la consecuencia de una mala alimentación.

Esta teoría fue combatida desde el principio por otros historiadores (P. Chaunu, 1966), quienes pusieron en evidencia la existencia de carestías sin mortalidades y de mortalidades sin carestías. También se observó que la crisis parecía perdonar algunas aldeas e incluso algunas provincias; que con mayor frecuencia golpeaba al final del verano, después de las cosechas y no en tiempos de sobreprecio, tal como la teoría debería implicar; por último, que las grandes catástrofes eran precedidas de un aumento progresivo del número de defunciones, lo que excluye la hipótesis del accidente.

El elemento constitutivo de toda crisis es la epidemia: como no haya abonado el terreno para la mortalidad, la carestía seguirá quedándose casi siempre sin efectos en la curva de las sepulturas. Pero, de manera recíproca, cuando la carestía provoca unas migraciones masivas de desgraciados en busca de ayuda, está facilitando la difusión de la epidemia. No cabe duda de que la subida de los precios y el hambre contribuyeron a empeorar las grandes mortalidades (1652, 1661), si bien hay que admitir que el principal papel lo desempeñaron las otras dos plagas: la guerra y la epidemia.

Sin embargo, no podemos negar el efecto de las crisis frumentarias sobre el movimiento de los matrimonios ni, en menor medida, sobre el de los bautizos.

Las crisis demográficas tienen un origen exógeno (guerra, accidente climático, infecciones microbianas) siempre y cuando se tome en cuenta que un estado de relativo superpoblamiento puede favorecer su extensión.

Son unos fenómenos complejos para los que no se pueden identificar todos sus factores, pero en los que el papel esencial lo desempeña la mala cosecha, la guerra o la epidemia. Las crisis catastróficas son aquellas en que se conjugan estas tres plagas (figura 7.6 y 7.7).

La duración de las crisis dependía de su naturaleza: las crisis de origen frumentario solían ser breves por lo general, como por ejemplo la de 1709-1710, que fue provocada por un invierno siberiano; las crisis de origen epidémico se propagaron como un reguero de pólvora de tal manera que pueden parecer cortas a escala local, si bien largas a escala nacional, como por ejemplo la de los años 1740-1743 en Escandinavia (A. Imhof, *The Great Mortalities*, ed. por Charbonneau y Larose, 1973). En cuanto a las crisis en que la guerra intervino como motor, su duración estaba ligada al desarrollo de las operaciones militares, siendo el ejemplo más terrible el de la Guerra de los Treinta Años (figura 7.8).

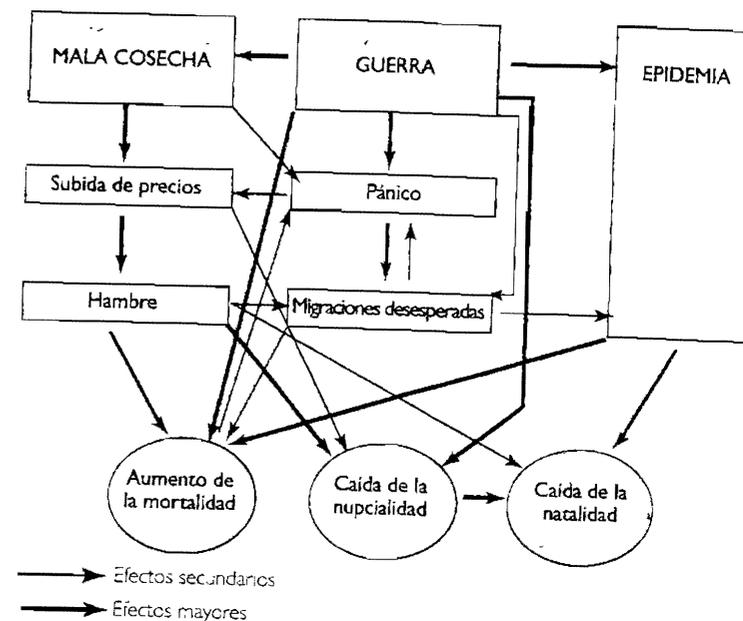


FIGURA 7.6 Esquema de las interacciones en una crisis demográfica.

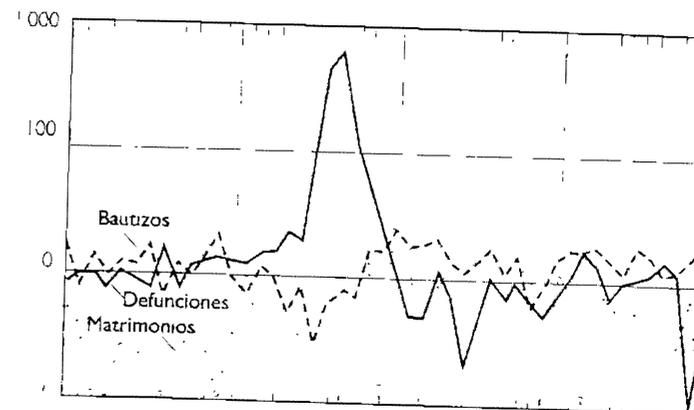


FIGURA 7.7. La crisis de 1680 en Kutná Hora.

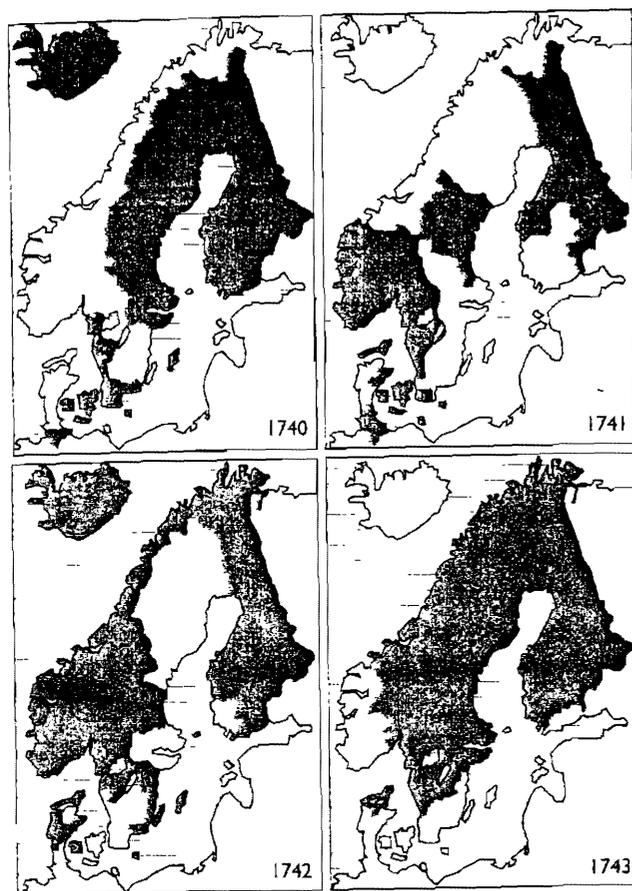


FIGURA 7.8. La crisis de los años 1740-1743 en Escandinavia: excedente de defunciones (según A. Imhof).

La frecuencia y la intensidad de las crisis locales no corresponden necesariamente al calendario de las crisis nacionales; ahí donde unos datos suficientemente sustanciosos son disponibles, jamás hallamos un año sin accidente. En los campos de la cuenca parisense, por ejemplo (Dupâquier, 1979), para el período comprendido entre 1681 y 1720, a partir de un total de 3.341 observaciones (años-parroquias) se advierte 2.592 años (77,6%) sin crisis y 749 años con crisis; pero si relacionamos estos resultados con los 40 años estudiados, ninguno de éstos se libra: la frecuencia de las crisis locales no desciende nunca por debajo del 3% y es inferior al 10% sólo para 10 años. Lo más curioso es que las terribles sobremortalidades de 1693-1694 y de 1709-1710 están precedidas de un incremento progresivo del número de parroquias afectadas: a partir de 1689 para el primer período, a partir de 1705 para el segundo, lo que atestigua la extensión de un contexto epidémico antes del accidente climático responsable de la crisis de subsistencia (figura 7.9).

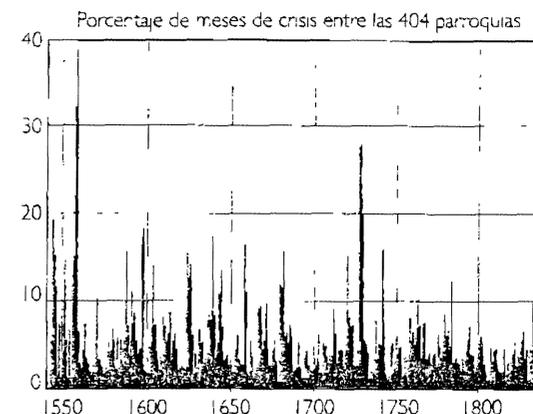


FIGURA 7.9. Crisis locales en Inglaterra (según E. A. Wrigley y R. Schofield).

Asimismo, el gráfico que E. A. Wrigley y R. Schofield han publicado en *The population History of England* (figura 7.9) muestra la universalidad de las crisis locales, su carácter cíclico así como una atenuación muy tardía de su virulencia.

7.2. Las grandes fases de la evolución demográfica

Los accidentes que acabamos de evocar sólo se suelen traducir en unas fluctuaciones cortas en las curvas nacionales. En efecto, las estructuras demográficas de las poblaciones del pasado implicaban unos mecanismos reguladores (J. Dupâquier, 1972) que les permitían subsanar enseguida sus pérdidas, siempre y cuando éstas no superasen el 15 o 20% del total.

En Europa del oeste, la autorregulación se basaba en la práctica del matrimonio tardío: la mayoría de las hijas se casaba sólo entre los 20 y 25 años y una parte no despreciable de ellas (5 a 15%) no se casaba nunca, por lo que formaban una especie de reserva. Después de las grandes mortalidades, los hogares rotos se reconstituían deprisa y muchos jóvenes tenían por fin la oportunidad de “formar un hogar”.

De modo que, pese a las vicisitudes, el número de matrimonios, es decir, de unidades económicas de base, seguía siendo más o menos estable. A cada crisis sucedía una oleada de casamientos y un pequeño “fogonazo” de la natalidad.

Este sistema funcionaba en estado puro en el modelo de la familia tronco, en el que un joven matrimonio convivía con los padres a la espera de tomar el relevo. También se acomodaba muy bien al modelo de la familia nuclear en el que no hubiese convivencia entre generaciones: aquí, en efecto, una regla tácita privaba a los jóvenes del derecho a formar un hogar (y, con frecuencia, incluso a tener relaciones sexuales) mientras no hubiesen heredado una explotación o acumulado un peculio suficiente para adquirirla.

La autorregulación actuaba, además, en ambos sentidos: en caso de descenso de la mortalidad, frenaba la natalidad elevando la edad media de matrimonio y la frecuencia del celibato

definitivo; en caso de aumento de la mortalidad, estimulaba la nupcialidad. Contribuyó, por ende, a limitar la progresión de la población en Europa occidental en el siglo XVIII (un aumento medio del 70%) con respecto a Europa oriental (más del 90%).

En el Este, en efecto, el matrimonio era a la vez precoz y casi universal; de tal manera que la expansión de la población estaba sólo limitada por una mortalidad que seguía siendo brutal y por la cantidad de tierras puestas a disposición de los jóvenes matrimonios. De modo que el crecimiento dependía de la coyuntura epidémica, política y militar; tuvo lugar por intermitencias.

Para evitar los dobles empleos con los capítulos monográficos que vienen a continuación, hemos optado por estudiar la evolución demográfica siglo por siglo y no siguiendo un plano geográfico. Entre 1400 y 1800, es decir, en cuatro siglos, la población europea habría pasado de 60 a 180 millones de habitantes; o sea, que se habría triplicado. Progresó con mayor rapidez que la del resto del mundo (J.-N. Biraben, 1979), de tal manera que la parte de nuestro continente, caída a un 15% a comienzos del siglo XV, volvió a incrementarse en un 16% en el siglo XVII, 17% hacia 1750 y 19% en 1800.

CUADRO 7.2. Evolución de las poblaciones en Europa de 1500 a 1800 (en millones de habitantes), según C. Mac Evedy y R. Jones (*Atlas of World Population History*)

Millones de habitantes	1500	1600	1650	1700	1750	1800
Escandinavia	2,00	2,25	2,50	3,00	3,75	5,25
Islas Británicas	5,00	6,25	7,50	9,25	10,00	16,00
Alemania ¹	9,00	12,00	11,00	13,00	15,00	18,00
Francia ¹	15,00	18,50	21,00	22,00	24,00	29,00
Península Ibérica	7,75	10,50	9,25	10,00	12,00	14,00
Italia ¹	10,00	12,00	11,00	13,00	15,00	19,00
Europa central ²	8,25	10,25	9,50	11,00	13,25	18,50
Polonia ¹	4,00	5,00	5,50	6,00	7,00	9,00
Rusia de Europa ³	12,00	15,00	17,00	20,00	26,00	36,00
Balcanes ⁴	4,50	6,00	6,00	6,25	8,00	10,00
Partes para un total de 100						
Noroeste ⁵	45,0	43,8	46,7	46,9	43,9	42,5
Sur ⁶	27,5	28,5	25,0	24,4	25,0	23,9
Este ⁷	27,5	27,7	28,3	28,7	31,1	33,6
Total Europa	81,0	100,0	105,0	120,0	140,0	180,0
Ídem ⁸	80,0	106,0	118,0	138,0	183,0	

En el marco de los límites actuales.

¹ Austria, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Rumanía.

² Con Moldavia y países bálticos.

³ Ex Yugoslavia, Albania, Bulgaria, Grecia, Turquía de Europa.

⁴ Escandinavia, Islas Británicas, Francia, Benelux, Suiza, Alemania, Austria.

⁵ Península Ibérica, Italia, Balcanes.

⁶ Rusia, etc., Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Rumanía.

⁷ Biraben, 1979 (atribuyendo a Europa las tres cuartas partes de las poblaciones del futuro territorio soviético).

Esta alza no fue continua; la tasa media anual de crecimiento habría sido (según el *Atlas of World Population History*) la siguiente:

- De 3‰ en el siglo XV.
- De 2‰ en el siglo XVI (2,7‰ según J.-N. Biraben).
- De 1,8‰ en el siglo XVII (1,2‰ según J.-N. Biraben).
- De 3,1‰ en la primera mitad del siglo XVIII.
- De 5‰ en la segunda mitad del siglo XVIII (5,7‰ según J.-N. Biraben).

Tampoco fue uniforme. En tres siglos (de 1500 a 1800) vemos lo siguiente:

- La parte de Europa del este pasó de 27,5% a 33,6%.
- La de Europa del noroeste menguó ligeramente, de 45% a 42,5% después de haber pasado por un máximo hacia 1650.
- La de Europa meridional descendió de 27,5% a 23,9%.

La diferencia entre Europa oriental y Europa mediterránea no dejó de ir en aumento alcanzando el 40% al final del período; era la consecuencia de un fenómeno más importante: el poder creciente de Rusia y la ocupación de Siberia cortaron definitivamente la ruta de las incursiones nómadas, mientras que el Mediterráneo siguió siendo una zona de inseguridad.

7.2.1. Siglo XVI: la expansión y sus límites

Apenas si empezamos a vislumbrar los caracteres originales de la demografía europea en el siglo XVI. En muchos aspectos y para la mayoría de los países, estamos mucho menos informados de este siglo que del siglo XIV. Si disponemos de una nueva fuente en tierra cristiana: los registros de la catolicidad, pero no están al día y, por lo general, sólo se han conservado algunos fragmentos de la primera mitad del siglo. Por último, los censos siguen siendo excepcionales.

Sin embargo, parece estar asentado que la expansión demográfica se afianzó tanto al este como al oeste de Europa, si bien en función de unos ritmos muy diferentes y ello hasta el año 1550; y que posteriormente se rompió el impulso en numerosos países, ora por las Guerras de Religión, ora por unas terribles epidemias de peste (véanse más arriba los cuadros 7.1 y 7.2).

La evolución comparada de la curva de los bautizos para la Francia rural e Inglaterra atestiguan tales divergencias (figura 7.10).

Al este de Europa, después de la toma de Kazán (1552) y de Astracán (1556), la ruta de las invasiones quedaba cortada; la población del principado de Moscú pasó en un siglo de 7 a 10 millones de habitantes.

En 1600, todos los Estados de Europa en el marco de las actuales fronteras recuperaron, y con frecuencia superaron, a su población anterior a la peste negra, exceptuando Islandia (dañada por el inicio de la pequeña edad glacial), de Chipre y de Hungría (alcanzadas por la reciente invasión turca).

De modo que, al final, la expansión se afianzó en Europa, a veces de 1450 a 1550, otras de 1500 a 1600, según las regiones en la medida en que lo podemos apreciar. Estamos ante un

aumento. a un tiempo, de la producción agrícola, de la artesanía y del comercio, estimulados por el crecimiento demográfico; y ante una expansión geográfica cuyo ejemplo ruso es el más concluyente; pero el sureste de Europa quedaba excluido a raíz de la invasión turca. Para completar este cuadro, habría que mencionar la novísima emigración al otro lado del Atlántico que, siendo aún poco numerosa, tendría una importancia determinada en el futuro. Por todas estas razones, el siglo XVI despunta como período fasto en oposición al largo período de crisis que lo precedió y al que lo sucedió.

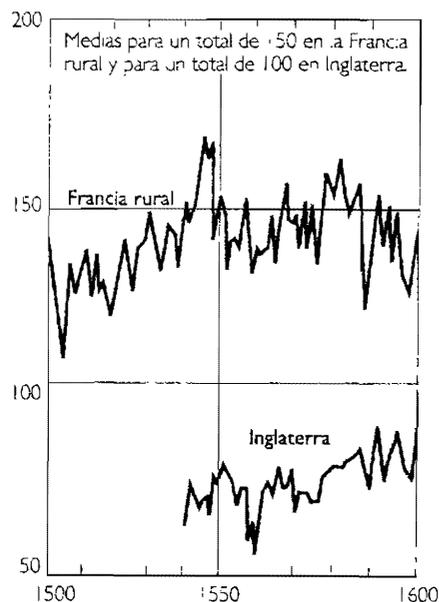


FIGURA 7.10. Índices del movimiento anual de los bautizos en Francia y en Inglaterra en el siglo XVI (según J.-N. Biraben, D. Blanchet y A. Blum).

7.2.2. La crisis del siglo XVII

Tal como hemos dicho, el crecimiento de la población europea prosiguió en el siglo XVII, aunque a un ritmo más débil que en los dos siglos que lo enmarcan. Incluso hubo retroceso entre los años 1625 y 1650 de tal manera que, en la primera mitad del siglo XVII, la ganancia habría sido sólo de cinco millones de habitantes en total, según los autores del *Atlas of World Population History*.

¿Hemos de achacárselo al deterioro del clima? Éste desempeñó su papel en un nivel local, en los límites del ecúmeno (Islandia, Gran Norte, altas tierras de la Europa media). El desbarajuste de las estaciones, con unas primaveras insufribles, fue nefasto para la producción de cereales y sin duda también para la extensión del maíz; pero no hemos de olvidar que el comienzo de la

pequeña edad glaciaria fue anterior y la “depresión de Maunder” (reducción de la irradiación ultravioleta) fue posterior a los pésimos períodos del siglo XVII.

Por otra parte, no toda Europa sufrió de manera uniforme: en el transcurso de la primera mitad del siglo XVII, el crecimiento prosiguió en el Este y en la fachada atlántica del continente. En cambio, fueron perjudicados los países mediterráneos (−8%) y sobre todo Europa central (−12%).

La peste desempeñó un evidente papel con las terribles oleadas de los años 1625, 1630-1631, 1634-1639 y 1645-1647; pero, ¿cómo es posible que no hubiese en el crecimiento demográfico de Francia y de Inglaterra unos efectos tan catastróficos como en el de Italia del norte (cf. los ejemplos de Venecia y de Pavia) y sobre todo de España (cf. los ejemplos de Barcelona, Valencia y Sevilla)?

Es probable que la extensión de las guerras y su carácter devastador constituyeran entonces el factor principal de despoblamiento, al menos en Europa central. La peste siguió el paso de las tropas dentro de un panorama de ruinas y de devastaciones. Las curvas de mortalidad seguían estando influidas principalmente por la cronología de las operaciones militares.

Sin embargo, sería excesivo atribuir a esta crisis un alcance tan catastrófico como a la del siglo XIV. No hay medida común entre los estragos de la peste negra y las mortalidades del siglo XVII.

Además, la recuperación fue rápida: en el transcurso de la segunda mitad del siglo, Europa habría ganado de manera global unos 15 millones de habitantes, lo que corresponde a un ritmo anual de crecimiento del orden de 2,7%, que anuncia la gran recuperación del siglo XVIII.

Siguió habiendo unos años pésimos después del año 1650 —particularmente la terrible mortalidad de 1693-1694, que no se detuvo en los límites de Francia—, pero las operaciones militares fueron menos mortíferas, ya que el orden, el abastecimiento en víveres y la disciplina de las tropas hicieron progresos. La propia Francia, pese a las múltiples guerras de Luis XIV y al peso creciente de la fiscalidad sobre la vida económica, ganó entre uno y dos millones de habitantes por el repoblamiento de las provincias del Este y del Norte protegidas por la línea de fortificaciones edificada por Vauban.

7.2.3. Los misterios del crecimiento

El crecimiento de la población europea se recuperó nitidamente en el siglo XVIII. La tasa anual de crecimiento, que sólo había sido de 2,7% en el medio siglo anterior, pasó a 3,3% en el período 1700-1750 y luego a 5,1%. Tal crecimiento fue muy desigual según las regiones: para el conjunto del siglo, alcanzó el 75% en Europa oriental, 43% en Europa occidental, 40% en Europa meridional. Entre los grandes conjuntos, Rusia (más del 80%), Escandinavia (más del 74%) y las islas británicas (más del 73% gracias a Irlanda) se presentan como los principales beneficiarios.

El calendario del crecimiento también es muy variable: en Europa del sur fue máximo en la primera mitad del siglo; en Europa del este tan sólo se aceleró; en Europa del noroeste, al principio fue tímido (ya que Francia sufrió las sacudidas de la crisis de 1709-1710 e Inglaterra quedó muy dañada por la mortalidad de 1719) y luego se afianzó nitidamente después de la crisis de la década de 1740.

No podemos explicar este desarrollo por los cambios de la fecundidad y de la nupcialidad: en los países en que se ha medido científicamente la fecundidad legítima (Suecia, Francia), se

observa un ligero descenso de las tasas por edades en el último tercio del siglo. La frecuencia del celibato y la edad media del primer matrimonio aumentaron en todos los países occidentales excepto en Irlanda y en Inglaterra. Puesto que Europa no acogía casi a inmigrantes, la única explicación posible es el retroceso de la mortalidad.

Desgraciadamente, sólo se puede medir la mortalidad de los adultos en poblaciones cerradas y su descenso durante el siglo XVIII sigue siendo bastante misterioso. Los progresos de la medicina no lo pueden explicar: ésta describió mejor las enfermedades, pero no fueron combatidas con eficacia hasta la introducción de la vacunación por el inglés Jenner en las postrimerías del siglo. La erradicación de la peste pudo desempeñar cierto papel pero, entonces, ¿por qué el crecimiento parece ser más débil de 1670 a 1720 en los países de Europa occidental que poco a poco se fueron deshaciendo de la plaga (exceptuando el accidente de Marsella en 1720) que en Europa del este, donde ésta seguía castigando? En cuanto a la presunta “revolución agrícola”, que habría permitido aumentar el nivel de las subsistencias y, por ende, el de la población, los especialistas le asignan una fecha mucho más tardía: los progresos fueron sensibles sólo después de 1770. Por otra parte, el problema no concierne sólo a Europa: el crecimiento demográfico del siglo XVIII interesa a casi todos los continentes. De modo que hemos de evocar la hipótesis de un cambio en el entorno del planeta, tal vez una recuperación de la irradiación ultravioleta (nefasta a las bacterias) después del “mínimo de Maunder” (1665-1708).

El crecimiento de la población tuvo unos efectos muy diversificados, más bien positivos desde el punto de vista económico, más bien negativos desde el punto de vista social. El aumento del número de bocas que alimentar provocó primero un desequilibrio en el mercado: la demanda era más importante que la oferta y los precios subieron en todas partes. Razón por la que los productores sacaron beneficios y pudieron invertir para el almacenamiento y la circulación de los granos o para introducir nuevos cultivos. En cambio, la masa de consumidores sufría por la subida de los precios, sobre todo en las ciudades. Hubo tumultos del hambre o, al menos, de la miseria, como la “guerra de las harinas” en Francia (1775). En los Estados muy densamente poblados, el vagabundeo y la mendicidad aumentaron junto al paro, ya que la compra de productos alimenticios absorbía ahora la parte principal de los presupuestos familiares.

El gran problema radica en saber cómo los jóvenes lograron establecerse y entrar de lleno en la vida. En Inglaterra, la industrialización, que era más avanzada que en el resto de Europa, proporcionaba unos empleos y permitía formar un hogar sin esperar la constitución de un peculio. En este país, la nupcialidad aumentó y la natalidad siguió el ritmo.

Lo mismo sucedió en Irlanda, si bien por muy distintos motivos: con vistas a aumentar sus ingresos, a extender el desbroce y a intensificar el cultivo de cereales, principal producto de exportación, los propietarios ingleses favorecían la fragmentación de las posesiones.

En Europa oriental, donde la nupcialidad era intensa a la vez que precoz, la ocupación de nuevas tierras dio una base sólida a la multiplicación de los núcleos familiares y al crecimiento demográfico.

En Francia, por el contrario, donde las densidades eran ya muy fuertes, las señales de crisis se multiplicaron a partir de 1770: la edad de matrimonio se siguió elevando, lo que explica parcialmente el aumento de ilegitimidad y de concepciones prenupciales; en las parejas, la fecundidad empezó a menguar. Estaban asomando las primeras señales de la transición demográfica.

7.3. El proceso de urbanización de la Europa moderna

Desde siempre, la demografía urbana se ha caracterizado tanto por su especificidad como por su variabilidad. Todos estos aspectos han sido abordados en este libro, ora en los capítulos de alcance general (mortalidad, fecundidad, migraciones), ora en los desarrollos propios de cada país o grupo de países.

Aquí nos atenderemos, pues, a los problemas del proceso de urbanización de Europa, de su medición, de sus progresos y de su geografía; después, de la distribución de las ciudades por tamaño y concluiremos con un intento de tipología de las ciudades hongos.

Los principales trabajos con los que respaldaremos estos desarrollos son los de J. de Vries y de P. Bairoch, aunque las estadísticas de base, especialmente las del cuadro 7.6, han sido extraídas de la obra de T. Chandler y G. Fox (1974).

Estos datos y, por ende, todos los cuadros que de éstos proceden, presentan ciertas incertidumbres y dificultades de interpretación. En ellos se han mezclado los resultados de buenos censos (por ejemplo, para la ciudad de Bolonia en 1800) con evaluaciones aventuradas (particularmente la población de Constantinopla en 1600 o en 1700). Por otra parte, el tamaño de varias ciudades europeas (Agrigento, Autun, Ismailiyya, Roubaix, Simbirsk, Tallinn, Tarento, Turku) sigue siendo una incógnita para todo el período.

Incluso para el total de la población europea, nuestros dos principales autores divergen; y ni siquiera los márgenes de incertidumbre que propone prudentemente P. Bairoch se libran de la arbitrariedad.

Por último, los criterios de definición han cambiado: en aquella época, en la mayoría de los países, una ciudad se caracterizaba por el ejercicio de funciones administrativas (en el sentido amplio) y de privilegios municipales: tenía unos cuerpos constituidos, una milicia, una alcaldía, con frecuencia unas fortificaciones. Hoy día, se toma más bien en cuenta el número de habitantes, aunque los criterios varían de un país a otro. Razones por las que, con vistas a que los datos sean comparables, J. de Vries y P. Bairoch optaron por el umbral de 5.000 habitantes (P. Bairoch intentó incluso tres evaluaciones basadas en el umbral de 2.000). Desgraciadamente, las cifras en las que se apoyan son inciertas, sobre todo para las ciudades muy pequeñas y esto hace que sus cálculos sean más frágiles, ya que cualquier error sistemático por exceso o por defecto repercute en sus clasificaciones y en las tasas de urbanización propuestas.

Así y todo, los resultados reunidos en el cuadro 7.3, más o menos concuerdan.

Tal como se ve, la tasa de urbanización no habría progresado mucho de 1500 a 1750 (cuadro 7.4), al menos si nos atenemos a P. Bairoch: de 10,7% a 12,2% solamente (más del 14%), mientras que la población urbana —entendida como la de las ciudades con un mínimo de 5.000 habitantes— se habría duplicado prácticamente, pasando de 8.160.000 a 14.700.000 (más del 80%). Con mayor exactitud, esta tasa habría progresado fuertemente en el siglo XVI, débilmente en el siglo XVII y se habría reducido ligeramente posteriormente, ya que el crecimiento de la población rural superaba entonces al de la población urbana.

Esta tasa era muy variable, tanto en el espacio como en el tiempo.

Su gigantesca progresión en Inglaterra contrasta con su desmoronamiento en Bélgica. Se advertirá también el fuerte grado de urbanización de Europa meridional (exceptuando los Balcanes) en oposición al de Europa del norte y del este, lo que confirma el examen de los mapas dibujados para el comienzo y el final del período (figura 7.11).

CUADRO 7.3. El proceso de urbanización de la Europa moderna (sin Rusia) según diversos autores

Población (en millones)	1500	1600	1700	1750	1800
Según Mac Evedy ¹	69	85	100	114	144
Según Biraben ²	67	89	95	111	146
Según Bairoch ³	75	95	102	120	154
	(±10%)	(±8%)	(±8%)	(±7%)	(±4%)
Según de Vries ⁴	65	83	90	101	129
<i>Pop. Urbana⁵</i>					
Umbral: 2.000 hab.: Total (en millones)	11,3	—	16,2	—	24,2
Tasa de urbanización	14,8%	—	15,9%	—	15,5%
Umbral: 5.000 hab.: Total (en millones)	8,16	10,9	12,6	14,7	18,6
Tasa de urbanización: según Bairoch	10,7	11,5	12,3	12,2	12,1
según de Vries ⁶	8,6	9,9	—	11,0	12,1
<i>Número de ciudades con más de 20.000 hab.⁷</i>					
según Bairoch: 1977	101	123	141	175	221
1985	107	—	147	—	—
según Chandler y Fox ⁸	93	111	126	157	189
<i>Ciudades con más de 100.000 habitantes⁹</i>					
Número	6	13	13	17	22
Población (en millares)	894	2.520	3.222	4.164	5.391

¹ Mac Evedy y Jones, 1978.² Biraben, 1979.³ Bairoch, 1985. Entre paréntesis, márgenes de error en porcentaje.⁴ De Vries, 1984.⁵ Según Bairoch, 1985.⁶ Según Hohenberg (1985), Europa del Este seña tomada en cuenta en esta estimación, pero me parece dudoso.⁷ Rusia incluida.⁸ Chandler y Fox, 1974.⁹ *Ibidem*, Rusia incluida.

Según J. de Vries, el porcentaje de la población europea que vivía en las ciudades con un mínimo de 10.000 habitantes habría evolucionado según las regiones (Austria, Bohemia, Balcanes y Europa del este incluidos) como se muestra en el cuadro 7.5.

También hubo ciertos cambios en la jerarquía urbana: la parte de la población que vivía en pequeñas ciudades (2.000 a 5.000 habitantes) habría seguido siendo más o menos estable, de 8% a 9%. En cambio, la de las ciudades medianas habría aumentado ligeramente y la de las grandes ciudades (más de 100.000 habitantes) casi se habría triplicado, pasando de 1,1% (en 1500) a 3% (en 1800) del conjunto europeo, Rusia incluida.

Si se nos permite una imagen osada y peligrosamente anacrónica, las grandes metrópolis (figura 7.11) habrían sido entonces las locomotoras de la urbanización.

CUADRO 7.4. Evolución de la tasa de urbanización de los diferentes países de Europa de 1500 a 1750 (según P. Bairoch, 1955)

País	1500	1700	1750
Alemania	7-9	8-11	8-10
Inglaterra	7-9	13-16	17-19
Austria-Hungría	5-8	5-8	6-7
Balcanes (países de los)	7-12	7-12	7-12
Bélgica	30-45	26-35	18-22
España	10-16	12-17	12-18
Francia	9-12	11-15	12-16
Italia	15-20	14-19	15-20
Países Bajos	20-26	38-49	33-41
Portugal	11-13	18-23	13-15
Escandinavia	5-8	5-8	6-9
Suiza	6-8	6-8	6-9
Europa	10-12	11-14	11-13
Rusia	3-6	4-7	5-7
Conjunto de Europa	7-9	9-12	9-12

Notas. Está considerada aquí como urbana la población que vive en las ciudades de 5.000 habitantes y más.

El escaso grado de aproximación de las cifras no implica de ningún modo un correspondiente margen de error.

CUADRO 7.5. Porcentaje de europeos en las grandes ciudades

Región	1500	1600	1700	1750
Europa del norte y del este	6,0	8,1	13,0	13,8
Centroeuropa	3,8	4,8	6,7	7,1
Mediterráneo	9,7	13,2	1,7	11,7
Total	6,1	8,0	9,5	9,9

En 1500, sólo 5 ciudades europeas figuraban en la lista de las 20 mayores ciudades del mundo (quedando París en el 8.º puesto); en 1800, eran 8, 4 de las cuales ocupaban respectivamente los 2.º, 4.º, 5.º y 8.º puestos.

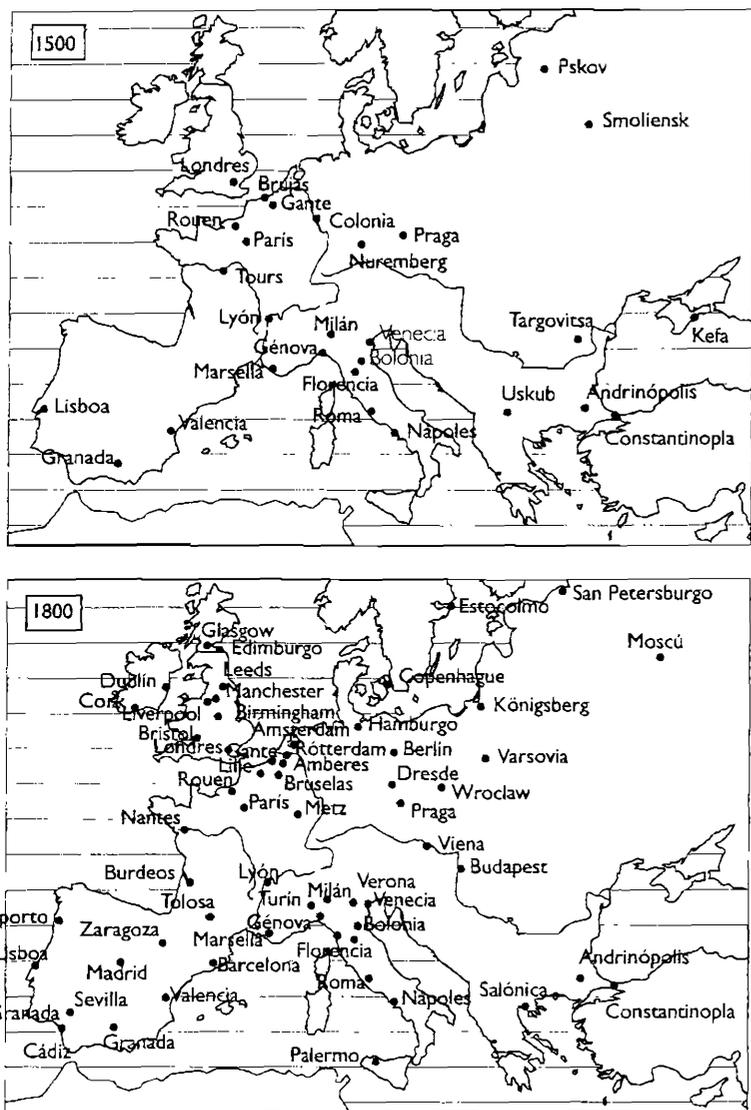


FIGURA 7.11. Las ciudades con más de 50 000 habitantes.

Algunas ciudades conocieron un desarrollo sólo modesto, cuyo ritmo no excedió mucho al de la población tomada en conjunto. Tal fue el caso, en particular, de los puertos del Mediterráneo (sin incluir a Nápoles ni Constantinopla, que tenemos más abajo en tanto que capitales): sobre la base de 100 en 1500, son 220 en 1800.

CUADRO 7.6. Población de las grandes ciudades de Europa (en millares) según T. Chandler y G. Fox: *3.000 years of urban growth*

Ciudad	1500	1600	1700	1800
Amsterdam	14	48	172	201
Andrnópolis	125	160	93	200
Amberes	37	55	67	53
Barcelona	29	64	73	120
Berlín	?	8	24	72
Bologna	55	63	63	67
Burdeos	20	30	42	97
Bristol	?	12	25	66
Bruseias	31	55	70	66
Budapest	20	25	15	54
Cádiz	?	31	33	87
Constantinopla	200	700	700	570
Copenhague	10	40	62	100
Cork	?	5	25	63
Dresde	5	15	22	61
Dublín	?	26	80	165
Edimburgo	18	30	35	82
Florenia	70	65	69	79
Gante	80	31	49	54
Génova	62	70	67	90
Glasgow	?	7	12	85
Granada	70	110	70	130
Hamourgo	15	40	70	130
Köriqsoerg	9	?	22	53
Lille	25	32	55	55
Lisboa	70	110	188	237
Londres	60	187	550	861
Lyón	90	90	71	111
Madric	5	65	110	169
Marsella	21	45	88	110
Milán	104	119	124	134
Moscú	36	80	130	238
Nantes	12	25	42	72
Nápoles	125	275	207	430
Palermo	48	105	113	146
París	225	250	530	547
Oporto	?	15	24	67
Praga	70	100	48	77
Roma	38	110	149	153
Róterdam	5	20	5	58

Rouen	75	70	68	85
Salamanca	50	144	80	96
Salónica	40	50	40	62
Zaragoza	20	24	29	55
Sevilla	45	1	80	96
Estocolmo	7	107	48	76
Turín	?	23	43	66
Valencia	50	86	45	82
Varsovia	?	35	21	75
Venecia	115	151	144	146
Viena	45	30	105	231
Wroclaw	21	33	40	64

Otras conocieron un desarrollo explosivo; particularmente las ciudades industriales del Atlántico (Birmingham, Leeds, Manchester), algunos puertos del Atlántico (Bristol, Cádiz, Cork, Glasgow, Liverpool, Oporto, Róterdam) y las capitales nuevas (Berlín, Dresde, Madrid, Versalles, Turín).

En conjunto, la palma del crecimiento se la llevaron las siguientes localidades:

- Por un lado, los puertos de la fachada atlántica, cuya población (sin incluir la de las capitales como Londres y Copenhague) creció en un 99% en el siglo XVI, en un 52% en el siglo XVII y en un 60% aún en el siglo XVIII: sobre la base de 100, eran 410 en 1800.
- Por el otro, las ciudades capitales (agregando San Petersburgo a Moscú, Versalles a París), que ganaron 145% en el siglo XVI, 47% en el siglo XVII, 48% en el siglo XVIII; sobre la base de 100 en 1500, eran 430 en 1800 y concentraban entonces 2,6% del total de la población europea.

El desarrollo de las ciudades de la Edad Moderna se muestra, pues, condicionado tanto por el empuje demográfico anteriormente estudiado y por el desarrollo del gran comercio marítimo como por el fortalecimiento de las estructuras administrativas. No se manifestó por una reorganización estructurada de la red urbana tradicional, sino por la aparición en el colofón de la jerarquía de algunas concentraciones de población espectaculares: Ámsterdam, Barcelona, Berlín, Copenhague, Dublín, Hamburgo, Lisboa, Londres, Madrid, Marsella, Moscú, París, San Petersburgo y Viena.